

LIBRO VI.

SITIO Y RENDICION DE MEJICO.

CAPITULO I.

DISPOSICIONES TOMADAS EN TEZCUCO.—SAQUEO DE IZTAPALAPAN.—VENTAJAS QUE CONSIGUEN LOS ESPAÑOLES.—PRUDENTE POLÍTICA DE CORTÉS.—

TRASLACION DE LOS BERGANTINES.

1521.

La ciudad de Tezcuco era probablemente la mejor posicion que podia elegir Cortés para fijar su cuartel general, pues tenia comodidad bastante para alojar un numeroso ejército, y todos los medios de subsistir que ofrece una grande y populosa ciudad (1). Proporcionaba ademas una multitud de artesanos y operarios de que podria necesitar el ejército, y lindando sus territorios con Tlascala, ofrecia medios fáciles de comunicacion con los aliados, al mismo tiempo que por su cercanía á Méjico, podia el general sin mucha dificultad saber lo que se hacia en la capital; en una palabra, su situacion central facilitaba la comunicacion con todo el valle, y le hacia servir de un excelente punto de apoyo para las futuras operaciones.

Lo primero de que cuidó Cortés fué de fortificar el palacio en que se alojó, y poner los demas edificios en que estaba el ejército en tal estado de defensa, que los pusiera á cubierto de una sorpresa, no solo de parte de los mejicanos, sino de los tezcucanos mismos. Desde la eleccion del nuevo rey habia vuelto á sus hogares gran parte de la poblacion, á la que se habian garantizado sus personas y propiedades; pero el general español no obstante sus señales de sumision, desconfiaba mucho de su sinceridad, pues conocia que muchos tezcucanos estaban íntimamente unidos á los aztecas por matrimonio y otros vínculos sociales,

(1) „Asimismo hizo juntar todos los bastimentos que fueron necesarios para sustentar el ejército y guarniciones de gente que andaban en favor de Cortés, y así hizo traer á la ciudad de Tezcuco el maiz que habia en las trojes y graneros de las provincias sujetas al reino de Tezcuco.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 91.

y que por lo mismo tenian grande simpatía hácia ellos (2). El jóven monarca parecia estar muy á su favor; pero Cortés para mas asegurarse puso á su lado algunos españoles, cuyo objeto ostensible era el instruirle en la lengua castellana y en la religion católica; pero que en realidad iban á vigilar su conducta, y evitar que se comunicara con los que pudieran oponerse á los intereses de los españoles (3).

Tezcuco distaba como media legua del lago, de manera que era necesario abrir una comunicacion entre éste y la ciudad, para que luego que llegaran los bergantines pudieran echarse al agua. Determinóse por lo mismo abrir un canal desde los jardines llamados de Nezahualcoyotl, por haberlos plantado este príncipe, hasta la orilla del lago. Un arroyo que corria en esa direccion se ahondó lo bastante, en cuya grande obra se emplearon ocho mil indios bajo la direccion del jóven Ixtlilxochitl (4).

Entre tanto recibia Cortés embajadas de varios lugares vecinos, manifestándole su deseo de ser vasallos del soberano español, y de que los tomase bajo su proteccion: el comandante español pedia en recompensa se le entregase todo mejicano que pisase su territorio; por lo que algunos nobles aztecas que habian sido enviados con diversas comisiones á dichas ciudades fueron puestos en sus manos, y de ellos se valió para que llevasen un mensaje á su amo el emperador. En él deploraba que llegara el caso de verse precisado á hacer la guerra: los que mas le habian ofendido habian dejado ya de existir: estaba por lo mismo dispuesto á olvidar lo pasado; é invitaba á los mejicanos á salvar su capital de los horrores de un sitio rindiéndose oportunamente (5). No esperaba Cortés obtener con esta intimacion un resultado pronto; pero creyó que podria causar impresion en los mejicanos, y que si algunos estaban dispuestos á negociar con él, los alentaria mas á ello el ver su buena disposicion para secundar sus miras; pero no habia entonces en la capital diversidad de opiniones: toda la poblacion parecia animada de un mismo espíritu de resistencia como si fuese un solo hombre.

Antes he dicho, que el plan de Cortés al entrar al valle era comenzar sus operaciones por reducir las ciudades tributarias de la capital antes de dirigirse á esta, para que semejante á un elevado árbol, cuyas raices se han destruido una á una, quedara así sin apoyo contra el furor de la tempestad. El primer punto de ata-

(2) „No era de espantar que tuviese este recelo, porque sus enemigos, y los de esta ciudad eran todos deudos y parientes mas cercanos, mas despues el tiempo lo desengañó, y vido la gran lealtad de Ixtlilxochitl, y de todos.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 92.

(3) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 137.

(4) Ibid., ubi supra.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 91.

(5) „Los principales, que habian sido en hacerme la guerra pasada, eran ya muertos; y que lo pasado fuese pasado, y que no quisiesen dar causa á que destruyese sus tierras, y ciudades, porque me pesaba mucho de ello.” Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 193.

que que eligió fué la antigua ciudad de Iztapalapan, que segun el mismo conquistador, contenia 50.000 habitantes, y estaba situada á distancia de seis leguas en la estrecha punta de tierra que dividia las salobres aguas del lago de las dulces. Era el señorío propio del último soberano de Méjico, donde como recordará el lector, hospedó á los españoles la víspera de entrar á la capital, y donde quedaron asombrados de sus soberbios jardines. No debian á este monarca ninguna consideracion, pues él habia dirigido el ataque de la noche triste. El es verdad ya no existia; pero los moradores de la ciudad abrigaban el mismo odio implacable contra los extranjerios, y eran entonces los mas fieles vasallos de la corona de Méjico.

Una semana despues de su llegada á los nuevos cuarteles, dejando Cortés la guarnición al mando de Sandoval, marchó contra aquella capital á la cabeza de doscientos infantes, diez y ocho caballos y tres á cuatro mil tlascaltecas. El camino que siguió pasaba por la orilla oriental del lago, y estaba cubierto de florecientes ciudades y aldeas, ó á diferencia de hoy, vestido de espesos bosques de cipreses y cedros, y de cuando en cuando de llanuras que dejaban ver á la reina del valle, levantándose altiva del seno de las aguas, como engreida de su supremacia sobre las hermosas ciudades que la rodeaban. Un poco mas adelante se distinguia una obscura línea, formada por la calzada que unia á Méjico con el continente, y que despertaba en los españoles muchos y muy amargos recuerdos.

Aceleraron el paso, y habian avanzado ya hasta llegar á dos leguas del punto adonde se dirigian, cuando los encontró un cuerpo considerable de aztecas que salió á disputarles el paso. No vaciló Cortés en presentarles accion. Los indios mostraron su acostumbrado valor; pero despues de una sangrienta lucha se vieron obligados á ceder ante el invencible valor de la infantería española, ayudada de la desesperada furia de los tlascaltecas, á quienes la vista de un mejicano enfurecia hasta el frenesí. Retiróse el enemigo en desórden, seguido muy de cerca por los españoles. Cuando ya solo distaban media legua de Iztapalapan, observaron una multitud de canoas cargadas de indios que parecia trabajaban en el dique que contenia las aguas del salado lago; pero engolfados en perseguir al enemigo hicieron poco caso de aquellos, y siguiendo la carga entraron á la ciudad mezclados con los fugitivos.

Algunas de las casas descansaban en tierra seca, y otras sobre estacas que entraban en el agua. Aquellas estaban abandonadas por sus dueños, muchos de los cuales habian escapádose en canoas internándose en el lago, y dejando dentro de sus hogares por la precipitacion de la fuga, todos sus efectos. Entraron los tlascaltecas en las desiertas casas y las saquearon completamente, mientras el enemigo huyendo de esta parte de la ciudad, se refugiaba en los edificios construidos sobre la agua, ó entre los carrizales que nacen de su salobre fondo. En las casas habia tambien muchos naturales que aun permanecian con sus mujeres é hijos, por no haber tenido medios de abandonar el lugar del peligro.

Ayudado Cortés de sus soldados y de los aliados que pudo reunir, atacó al ene-

migo en este último atrincheramiento. Unos y otros pelearon con el agua hasta la cintura. Trabóse una sangrienta lucha, pues combatia el azteca con el furor del tigre á quien el cazador arroja de su guarida; mas todo fué en vano porque fué vencido en todas partes. El ciudadano pacífico corrió la misma suerte que el soldado; todos fueron acuchillados sin piedad ni distincion de edad y sexo. Procuró Cortés contener la matanza; pero mas fácil hubiera sido arrancar de su presa al hambriento lobo, que al tlascalteca cuando una vez habia probado la sangre de un enemigo. Mas de seis mil personas, incluyendo las mujeres y niños, perecieron en este encuentro (6).

Entre tanto se habian extendido ya las tinieblas de la noche, aunque algo las disipaba la luz de las casas incendiadas por la tropa en diversos puntos de la ciudad. Su posicion insular impedia que se propagase el fuego de una casa á otra; pero cada una esparcia sobre las inmediatas un resplandor funesto, que aumentaba el horror de la escena. Como ya el enemigo no oponia resistencia, se entregaron los soldados al pillaje, y en poco tiempo tomaron de las casas todos los efectos portátiles de valor.

Cuando se ocupaban los españoles en esta obra de devastacion, se oyó un sordo ruido, como el de un torrente de agua que se precipita, y dieron los indios el grito de que estaban rotos los diques. Entonces comprendió Cortés que en esto se ocupaban los hombres que habia visto en las canoas, trabajando en el dique que separaba el lago de Tezcucó (7). Habianle roto los enfurecidos indios, que prefiriendo inundar el pais, habian hecho que por la abertura se precipitasen las saladas aguas del lago sobre la parte mas baja. Sumamente alarmado el general, reunió á sus soldados, é hizo por evacuar la ciudad lo mas pronto posible. Si hubiera permanecido, dice el mismo conquistador, tres horas mas, no hubiera escapado una alma (8). Venian agobiados con el peso del botín, y pasaban con dificultad por la agua que iba subiendo prontamente. Por alguna distancia les alumbró el camino el fuego de los edificios incendiados; pero cuando les faltó la luz por haberse alejado demasiado, caminaban con incierto paso y con la mayor dificultad, algunas veces con la agua hasta las rodillas, y otras hasta la cintura. Cuando llegaron al foso que dividia la calzada, la agua corria mas profunda y rebosaba por aquella una corriente tan impetuosa, que no podian tenerse en pié. Los españoles echando el pecho al agua lograron pasarlo; pero muchos de los

(6) „Murieron de ellos mas de seis mil ánimas, entre hombres, y mugeres, y niños; porque los indios nuestros amigos, vista la victoria que Dios nos daba, no entendian en otra cosa sino en matar á diestro y á siniestro.” Ibid., p. 195.

(7) „Estándolas quemando, pareció que Nuestro Señor me inspiró, y trujo á la memoria la calzada ó presa, que habia visto rota en el camino, y representóseme el gran daño que era.” Ibid. loc. cit.

(8) „Y certifico á Vuestra Magestad, que si aquella noche no pasáramos el agua, ó aguardáramos tres horas mas, que ninguno de nosotros escapara, porque quedábamos cercados de agua, sin tener paso por parte ninguna.” Ibid., ubi supra.

indios no pudiendo nadar fueron arrebatados por la violencia de las aguas. Perdióse todo el botín: inutilizóse la pólvora: las armas y vestidos de los soldados quedaron empapados en agua salada, y el viento helado de la noche entumeció sus fatigados miembros, en términos que apenas podían arrastrarse. Al amanecer vieron cubierto el lago de canoas cargadas de indios que habían previsto su triste posición, y que les saludaron con una lluvia de piedras, flechas y otras armas mortíferas. Varios cuerpos de tropa ligera que operaban á alguna distancia flanqueaban y hostilizaban al ejército español; pero éste no deseaba venir á las manos con el enemigo, sino ganar sus cómodos cuarteles, donde llegó el mismo día mas triste y fatigado, que si hubiera hecho largas marchas y sostenido sangrientos combates (9).

El resultado de esta expedición, tan diverso del que pronosticaba su brillante principio, fué un cruel desengaño para Cortés. Es verdad que su pérdida numérica no era mucha; pero este suceso le mostraba cuánto debía temer de la resolución de un pueblo, que con un espíritu digno de los antiguos holandeses, estaba dispuesto á sepultar su país bajo las aguas, mas bien que dejarlo conquistar. Sin embargo, poco motivo tenía el enemigo para alegrarse, pues además de la mortandad que había sufrido, había visto saqueada y arruinada en parte, una de sus mas florecientes ciudades, y que por sus monumentos públicos parecía acercarse mas á la civilización. ¡Tales son los triunfos de la guerra!

La expedición de Cortés no obstante los reveses que había sufrido fué favorable á los españoles; porque la suerte de Iztapalapan llenó de terror á todo el valle, y pronto se vieron sus buenos resultados en las embajadas que enviaron algunos lugares ofreciendo sumisión. Su influjo se hizo sentir hasta el otro lado de las montañas, pues entre otras, la ciudad de Otumba, cerca de la que ganaron los españoles su famosa batalla, prometió obediencia, y pidió la protección de los poderosos extranjeros. Se excusaba de haber tomado parte en las últimas hostilidades, echando la culpa á los aztecas.

Pero la ciudad mas importante de las que solicitaron la protección de los españoles fué Chalco, situada en el extremo oriental del lago del mismo nombre. Era una antigua capital poblada por una tribu de la misma familia que los aztecas, y en un tiempo su formidable rival. El emperador mejicano desconfiando de la lealtad de sus habitantes había puesto allí una guarnición que los tuviese sujetos; mas sus gefes enviaron á Cortés una embajada secreta, proponiéndole ponerse bajo su protección si les ayudaba á expulsar las tropas de México.

No vaciló un momento el comandante español, sino que destacó con tal objeto una fuerza considerable á las órdenes de Sandoval. En el camino, la retaguar-

(9) La carta del general al emperador es tan completa y precisa que es la mejor autoridad acerca de este suceso. Puede tambien verse á los autores siguientes. Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 138.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 18.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 92.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 2, et auct. aliis.

dia, que se componia de tlascaltecas, tuvo un reñido encuentro con algunas tropas ligeras de los aztecas, por quienes quedó la ventaja; mas pronto se vengaron aquellos en una sangrienta batalla que se trabó con el grueso del ejército enemigo, á no mucha distancia de Chalco. Atravesaban un terreno llano cubierto de ricos sembrados de maiz y plantíos de magueyes, por donde pasaba el camino que hoy conduce desde aquella ciudad á Tezcuco (10). Sandoval, á la cabeza de su caballería atacó y puso en desorden al enemigo; pero éste en pocos momentos se reunió, se volvió á formar y renovó el ataque con mayor brio. Entonces fué aquel mas afortunado, pues rompiendo por entre las filas de los indios con inaudito furor, logró el bravo capitán, despues de una esfórzada pero ineficaz resistencia, derrotarlos completamente y arrojarlos del campo. Continuó el ejército vencedor su marcha á Chalco, que ya había abandonado la guarnición mejicana, y fué recibido en triunfo por todos sus habitantes, que parecían ansiosos de mostrarle su gratitud por haberlos libertado del yugo azteca. Despues de tomar Sandoval las medidas que pudo para la mayor seguridad de la ciudad, volvió á Tezcuco acompañado de dos jóvenes señores, hijos del último cacique.

Recibiólos afablemente Cortés, y ellos le informaron de que su padre acababa de morir cargado de años, y que al exhalar el último suspiro había mostrado sentimiento de no vivir mas para conocer á Malinche. Que él creía que los hombres blancos eran los seres que habían anunciado los oráculos que vendrían algún día del Oriente á tomar posesión del país (11); y habiales encargado que si volvían á entrar al valle los extranjeros, les juraran obediencia y rindieran vasallaje. Manifestaron los jóvenes caciques estar prontos á obsequiar la voluntad de su padre; pero como esto les debía traer la venganza de los aztecas, pidieron al general les diera una parte de sus tropas para que los protegiese (12).

Igual invitación recibió de otras varias ciudades, que siempre que pudieran hacerlo sin peligro, estaban dispuestas á sacudir el yugo de Méjico; pero no estaba Cortés en estado de poder satisfacer sus deseos. Entonces mas que nunca conocía cuán desproporcionados eran sus recursos para la empresa que había acometido. „Aseguro á V. M.,” dice en su carta al emperador, “que el mayor disgusto que sentía sobre todos mis trabajos y fatigas, provenia de no poder auxiliar ni socorrer á nuestros indios aliados, leales vasallos de V. M.” (13). Lejos

(10) Lorenzana, p. 199, nota.

(11) „Porque ciertamente sus antepasados les habían dicho, que habían de señorear aquellas tierras hombres que venían con barbas de hacia donde sale el sol, y que por las cosas que han visto, éramos nosotros.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 139.

(12) Ibid., ubi supra.—Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 200.—Gomara, Crónica, cap. 122.—Venida de los esp., p. 15.

(13) „Y certifico á Vuestra Magestad, allende de nuestro trabajo y necesidad, la mayor fatiga que tenía, era no poder ayudar, y socorrer á los indios nuestros amigos,